

EL
BARBERO

UNA NOVELA QUE ABARCA DOS SIGLOS

GOTTFRIED KOCH

© 2026 Gottfried Koch

Diseño y maquetación de la portada: Corinna Schwarz-Öhler (Buchschniede)

Impresión y distribución por cuenta del autor:
Buchschniede von Dataform Media GmbH
Julius-Raab-Straße 8, 2203 Großebersdorf, Österreich

www.buchschniede.at

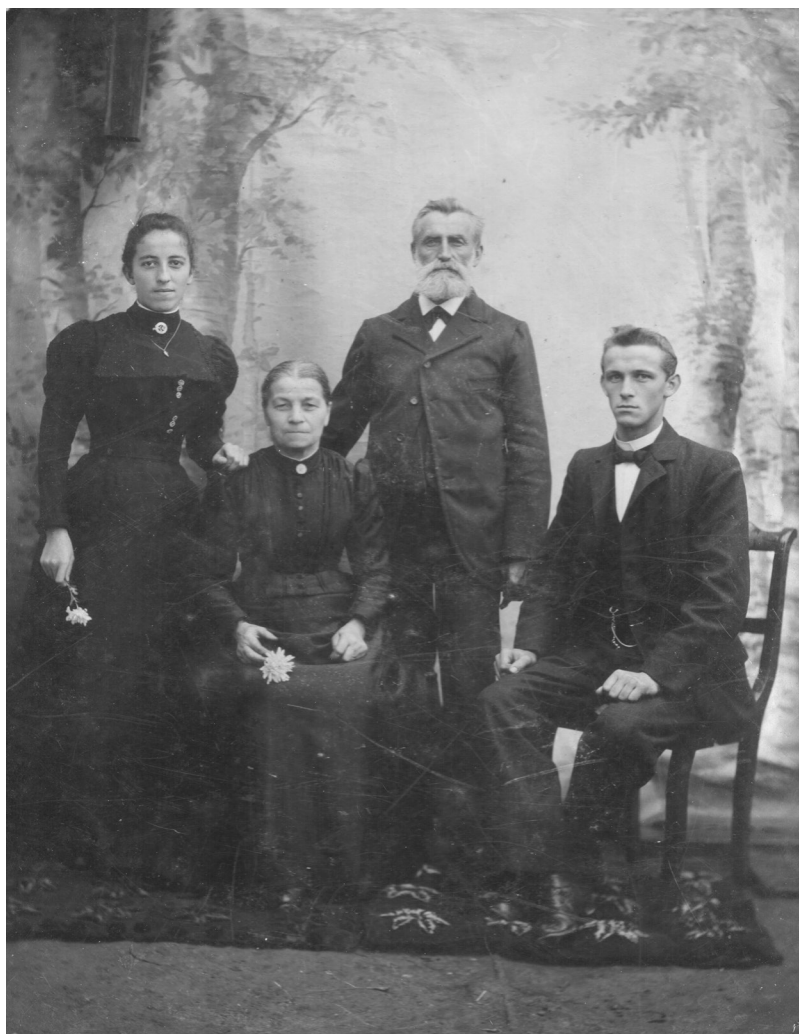
Dirección de contacto según el Reglamento de seguridad de los productos de la UE:
info@buchschniede.at

ISBN:
978-3-99203-443-7 (Paperback)
978-3-99203-439-0 (Hardcover)
978-3-99203-442-0 (E-Book)

Printed in Austria

Esta obra, incluidas sus partes, está protegida por derechos de autor.
Queda prohibido cualquier uso sin el consentimiento del editor y del autor.
Esto se aplica en particular a la reproducción electrónica o de otro tipo, la traducción,
la distribución y la puesta a disposición del público.

Para Sarah y Raphael



PREFACIO

Para mí, este libro no comienza con una figura histórica, sino con un miembro de mi propia familia. Franz-Josef Koch, el barbero de esta novela, es mi bisabuelo. Su hijo Gottfried es mi abuelo. Con este Gottfried, se inició una tradición familiar que perdura hasta nuestros días: mi abuelo se llamaba Gottfried, mi padre se llamaba Gottfried, yo llevo ese nombre, y mi hijo Raphael también lo lleva como segundo nombre: Raphael Gottfried. Así, hoy hay cuatro Gottfrieds en una misma línea, cuatro generaciones, unidas por un nombre que es más antiguo que la memoria de la generación más joven y que, sin embargo, perdura en cada uno de nosotros.

A veces, los nombres se transmiten de generación en generación por costumbre, a veces por orgullo, y otras porque uno no quiere perder a alguien por completo. En el caso de nuestro Gottfried, supongo que el origen es diferente, y particularmente hermoso. El mejor amigo de Franz-Josef se llamaba Gottfried Muth. Ambos compartieron una parte de sus vidas, trabajaron codo con codo, discreparon, rieron juntos y compartieron experiencias que no pueden quedar registradas en los libros parroquiales. Finalmente, se casaron con dos hermanas: Franz-Josef con Bárbara Rohmer, y Gottfried Muth con su hermana Magdalena. De una

amistad surgieron dos familias que permanecieron entrelazadas de una manera única.

Que Franz-Josef llamara a su hijo Gottfried no me parece una simple coincidencia. No puedo probarlo, pero me parece probable que la amistad con Gottfried Muth estuviera destinada a perdurar en ese nombre. Quizás el nombre fue un agradecimiento silencioso. Quizás una promesa. Quizás Franz-Josef quiso decirle a su amigo, sin necesidad de pronunciarlo en voz alta: „Eres parte de mi vida, y algo de ti debería seguir presente en mi familia mucho después de que ambos hayamos fallecido“.

¿Qué es una amistad para toda la vida? Quizás no sea el acuerdo perfecto entre dos personas. Franz-Josef y Gottfried Muth eran diferentes. La amistad demuestra su valor no en que dos personas piensen siempre igual, sino en su disposición a aceptar las diferencias del otro. Un verdadero amigo no es solo alguien que ríe con nosotros. Es alguien con quien podemos equivocarnos. Aquel que permanece a nuestro lado cuando nuestras certezas empiezan a tambalearse. Aquel que discrepa de nosotros sin abandonarnos, y que a veces cree en nosotros más tiempo del que nosotros mismos somos capaces de creer.

Quizás esta sea una de las formas más silenciosas de amor. No requiere grandes explicaciones. Vive en los caminos recorridos juntos, en la espera junto a la senda, en una mano amiga, en una broma oportuna, en un silencio que no está vacío. Y tal vez ahí reside algo reconfortante: una vida humana termina, pero el impacto de una amistad no tiene por qué. Puede perdurar en las decisiones, en las familias, en las historias e incluso en un nombre de pila.

Cuando veo a mi abuelo Gottfried, a mi padre Gottfried, a mí mismo y a mi hijo Raphael Gottfried en este linaje, entonces para mí esta línea se extiende más allá de Franz-Josef hasta Gottfried

Muth. Este amigo se encuentra, en cierto modo, en el origen invisible de una tradición de apellido que ha perdurado durante cuatro generaciones. Así es como la amistad puede trascender el tiempo. No porque venza a la muerte, sino porque una persona deja huellas en la vida de otra que perduran.

Solo por esta razón, „El Barbero“ es para mí mucho más que una novela histórica. Es un intento de abordar una historia familiar cuyos vestigios externos apenas han sobrevivido. Documentos, fechas, lugares y acontecimientos históricos nos dicen cuándo nació una persona, dónde vivió, qué profesión ejerció o qué sucesos importantes marcaron su época. Pero rara vez nos revelan lo que esa persona pensaba cuando estaba sola por la noche. No nos muestran sus miedos, a quién amaba, qué anhelaba, en quién confiaba ni qué dudas ocultaba.

Es precisamente en este límite donde comienza la libertad literaria de este libro. Los acontecimientos, lugares y conexiones históricas se investigaron hasta donde fue posible y se situaron en el contexto histórico de su época. Sin embargo, los pensamientos, conversaciones, encuentros y muchos detalles de la vida de Franz-Josef ya no pueden verificarse. Son aproximaciones narrativas. Donde las fuentes guardan silencio, la imaginación toma el relevo.

Esto no significa que equipare la verdad histórica con la ficción. Al contrario. Para mí es importante distinguir entre ambas. Una novela no puede llenar definitivamente un vacío en los registros históricos, pero sí puede intentar llenarlo con la probabilidad humana. Quizás ahí reside otra forma de verdad: no la verdad verificable de un archivo, sino la verdad posible de una vida vivida.

Utilicé un enfoque similar en mi libro „Coraje y esperanza“, que narra la vida de mi abuelo Gottfried. Allí también, recurrí

a la imaginación. Numerosas escenas y descripciones históricas son reconstrucciones literarias y no deben interpretarse como afirmaciones documentales fidedignas. Sin embargo, creo que los mundos interiores „los miedos, las esperanzas, las heridas, los lazos y los anhelos descritos“ reflejan algo muy auténtico. Esto no se puede demostrar. Quizás la vida interior de una persona rara vez se pueda demostrar.

En „El barbero“, esta tensión es aún mayor. Me separan generaciones de Francisco José. Ya no puedo preguntarle qué sintió cuando la guerra de 1870 irrumpió en su vida, qué pensaba sobre el progreso y el cambio, cómo entendía la amistad o qué esperanzas tenía para sus hijos. Pero puedo intentar comprender su época. Puedo observar los lugares donde vivieron personas como él, rastrear los acontecimientos históricos y, a partir de lo poco que queda, crear un mundo posible.

Por lo tanto, este libro no debe leerse ni como una crónica familiar ni como un documental histórico. Es una novela arraigada tanto en la historia como en la familia. Donde existen fuentes históricas, estas conforman su marco. Donde existe la tradición familiar, esta le da dirección. Donde ambas terminan, comienza la literatura.

Quizás esta sea precisamente la razón más profunda para escribir este libro. La historia familiar no se limita a lo que sabemos con certeza. También se compone de lo que se ha contado, de nombres transmitidos de generación en generación, de amistades cuya calidez perdura, de recuerdos que cambian y de preguntas a las que ya nadie puede responder.

El nombre Gottfried conecta hoy a cuatro generaciones de mi familia. Para mí, este nombre me remite a Franz-Josef y, a la vez, a su amigo Gottfried Muth. El libro no pretende afirmar: „Así fue“. Sino que dice: „Así pudo haber sido“. Y quizás esto sea

todo lo que la literatura puede hacer en relación con el pasado:
no poner palabras en boca de los muertos como si fueran ciertas,
sino devolverles la voz durante unas páginas y prestar atención
a lo que nos llega de ellos.

Gottfried Koch
Octubre de 2026

ÍNDICE DE PERSONAJES

Los personajes no aparecen en orden alfabético, sino según su importancia para la trama y sus relaciones entre sí. Las descripciones son deliberadamente breves para no revelar detalles importantes de la novela.

PRINCIPALES

FRANZ-JOSEF KOCH, un barbero de Weilbach y figura central de la novela, es un observador singular de su tiempo, marcado por la artesanía, la conexión con la naturaleza y un marcado sentido de la responsabilidad.

BÁRBARA ROHMER, una joven de Ebersheim, en Alsacia; hermana de Magdalena, Philomena y Francois. Seria, decidida y marcada por las experiencias de la guerra.

GOTTFRIED MUTH, el amigo y compañero más íntimo de Franz-Josef, nació en Coblenza, trabaja en Bad Weilbach y afronta las peculiaridades de Franz-Josef con burla, lealtad y gran paciencia.

MAGDALENA ROHMER, la hermana menor de Bárbara; más vivaz y directa que ella, pero no por ello menos marcada por la preocupación, la pérdida y la esperanza.

FAMILIA Y CÍRCULO ÍNTIMO

MARGARETHA KOCH, la madre de Franz-Josef, de Weilbach. experimentada y sensata que ya ha sufrido grandes pérdidas y que acompaña a su hijo con atención.

FRANCOIS ROHMER, el hermano de Bárbara y Magdalena, ve cómo su servicio militar ensombrece la vida de las hermanas en Alsacia.

PHILOMENA ROHMER, la mayor de las hermanas Rohmer, vive con su marido Antoine en Kogenheim y mantiene una estrecha relación con sus hermanas.

BRIGITTA KOCH - Una figura perteneciente a la generación más joven de la familia Koch, en quien los rasgos de carácter y las experiencias de la generación anterior perduran a su manera.

GOTTFRIED KOCH (GOTTFRIED I) - Un personaje de la generación más joven de la familia Koch. Su nombre adquirirá una importancia especial para la historia familiar más allá de la novela.

GUERRA, CONCIENCIA E HISTORIA CONTEMPORÁNEA

EL TENIENTE FRANZ FRIEDRICH HUGO WILHELM MICHAEL DE WANTOCH-REKOWSKI, un joven oficial prusiano perteneciente a una familia noble casubia-pomerania, ofrece una perspectiva diferente sobre la guerra, el deber, la culpa y la memoria.

FERDINAND DÜTS, un soldado de veinticuatro años originario de Husum que trabajaba en un viñedo en el valle del Ruwer antes de la guerra, ve su destino entrelazado con varias tramas de la novela.

EL PASTOR EBELSTEIN, clérigo de Weilbach y confidente importante de Franz-Josef, no rechazaba el progreso tecnológico, sino que lo cuestionaba, preguntando sobre la responsabilidad y el precio de lo nuevo.

EL ABAD GERBER, clérigo de Ebersmünster, mantuvo una estrecha relación, tanto humana como práctica, con las hermanas Rohmer durante los difíciles meses de la guerra.

EL PASTOR HANZ, sucesor de Ebelstein en Weilbach, es joven, enérgico y decidido, y avanza con la construcción de la nueva iglesia. Al mismo tiempo, junto a Franz-Josef y Bárbara, descubre que los planes y las convicciones siempre deben ponerse a prueba frente a personas concretas.

EL PASTOR JOHANN GERSBACH, más tarde pastor de Weilbach, antiguo capellán militar y voz intrépida durante la ocupación francesa. Acompañó a Franz-Josef y a Bárbara en sus últimos años y encarnó la conciencia, la firmeza y la compasión humana.

DIRECTOR ELBER - Director del balneario de Bad Weilbach. Bajo su dirección, el edificio del balneario fue parcialmente convertido en un hospital militar durante la guerra.

LOUISE SANDERSON - Una mujer nacida en Inglaterra con raíces familiares escocesas. Forma parte de la vida posterior de Franz de Wantoch-Rekowski .

PARTE I

LA GENTE VIENE,
LA GENTE SE VA

POLVO

WEILBACH, 15 DE AGOSTO DE 1870

La guerra no llegó a Weilbach con el estruendo de los cañones. Llegó como polvo.

Weilbach era un pueblo enclavado entre ciudades, pero no pertenecía a ninguna. Fráncfort se extendía al este, Wiesbaden al oeste, Maguncia no muy lejos, y, sin embargo, el mundo parecía terminar más allá de los campos. Las casas bajas se apiñaban alrededor de la antigua iglesia y a lo largo de la avenida de Fráncfort; tras sus patios comenzaban jardines, campos y huertos. Al norte, el terreno se elevaba hasta los montes Taunus; al sur, la llanura se extendía amplia y luminosa, como si buscara el río Meno.

La calle principal era la puerta de entrada al pueblo. Comerciantes, diligencias, noticias y, a veces, personas que se quedaban a vivir allí, transitaban por ella. Ahora, los soldados marchaban por ella. Quienes vivían en Weilbach podían sentirse pequeños y aislados, hasta que la historia decidió recorrer la calle principal.

Se filtró por las rendijas de las contraventanas, se posó sobre la mesa de la cocina, sobre las tazas de peltre en el estante de la pared y sobre la rosa blanca que Margaretha Koch había cortado

esa mañana del arbusto detrás de la casa. Apenas una hora antes, la flor se mantenía erguida en un vaso de agua. Ahora se doblaba bajo el polvo gris, como si hubiera envejecido en una sola mañana.

Franz-Josef se sentó a la mesa y observó cómo un pétalo se desprendía. Cayó silenciosamente sobre la carta oficial que había estado entre él y su madre desde temprano en la mañana. El mensajero no había llamado a la puerta como de costumbre, simplemente le había entregado el sobre, pedido confirmación y se había marchado. Desde entonces, el papel parecía dominar la mesa. Franz-Josef lo había abierto, lo había leído una vez, una segunda vez más despacio, y una tercera vez solo las líneas que contenían su nombre y la palabra „Landsturm“ (Milicia territorial). Luego lo había doblado de nuevo. El pliegue se había suavizado con sus dedos.

Afuera, las ruedas rechinaban en la Avenida de Fráncfort. Los caballos resoplaban, los hombres se gritaban órdenes, un carretero maldecía. El ruido aumentaba cuando una nueva columna llegaba a la casa, para luego dirigirse hacia Wicker sin que el silencio disminuyera realmente. Durante días, el ejército había estado marchando hacia el oeste. A veces, Franz-Josef pensaba que toda Prusia ya debía haber pasado por Weilbach.

Su madre cogió un paño del gancho y cubrió el pan.

„De todos modos, ya es demasiado tarde“, dijo Franz-Josef.

„Tal vez por el pan. No por el polvo que ya no existe“.

Margaretha acarició la tela y la presionó con firmeza por los bordes. Tenía sesenta y cuatro años, era bajita y aún más fuerte de lo que sus estrechos hombros sugerían. Desde la muerte de su marido, vestía de negro. No solo los domingos, no solo para ir a la iglesia, sino también para pelar patatas, barrer el patio y en aquella calurosa mañana de agosto, cuando la tela se le pegaba a la espalda.

„Al menos podrías fingir que lees la carta“, dijo.

Franz-Josef puso dos dedos sobre el papel doblado. „Ya lo he leído.“

„Llevas media hora mirando fijamente la rosa.“

„La rosa no me dio órdenes.“

Su madre resopló. Por un instante, su expresión fue la misma de antes, cuando diez personas habían comido, dormido, discutido y buscado alguna prenda de ropa en la casa. En aquel entonces, un simple comentario había bastado, y Margaretha había silenciado a cuatro niños con una sola mirada. Hoy, solo quedaban Franz-Josef y ella. La casa estaba más vacía, pero no más grande. La humedad aún persistía en las paredes, el crujido de los pasos en el suelo y, en cada habitación, el recuerdo de alguien que ya no dormía allí.

Arriba estaba la cama de su padre. Margaretha no se había deshecho de ella tras su muerte. Junto a ella seguía el pequeño cofre donde Franz guardaba sus navajas de afeitarse. Llevaba muerto tres años. A veces, cuando Franz-Josef subía, le parecía oír el sonido de una cuchilla afilándose.

Georg también había muerto, al igual que Margaretha, la hermana mayor, y la pequeña Friederika, que solo había vivido un invierno. Los demás se habían marchado o casado, tenían sus propias cocinas, sus propias preocupaciones e hijos que, cuando los visitaban, volvían a llenar el viejo pasillo de ruido. La gente iba y venía. La casa conservaba algo de cada uno: un gancho en la pared, una muesca en la mesa, un nombre que ya nadie pronunciaba.

Franz-Josef tomó el pétalo y lo giró entre el pulgar y el índice. Había permanecido blanco bajo el polvo.

„Todavía no me quieren“, dijo.

„Todavía no „repitió Margaretha.

El documento indicaba que Franz-Josef Koch había sido asignado a la Landsturm (Milicia territorial) como reservista. Veintisiete años, sin entrenamiento militar, aparentemente no lo suficientemente urgente como para entrar en servicio. Si la guerra se prolongaba, recurrirían a hombres como él. El lenguaje era directo, casi cortés. Precisamente eso era lo que lo hacía amenazante. Ni redoble de tambores, ni oficial en la puerta, ni despedida. Solo un trozo de papel que inicialmente dejaba a una persona en paz, pero que al mismo tiempo se reservaba el derecho de ir a buscarla más tarde. Franz-Josef leyó entre líneas un segundo mensaje, uno que aún no se había escrito: Todavía no te necesitamos. Pero sabemos dónde vives. Y cuando lo sepamos, tu vida se convertirá en una orden.

Margaretha había recibido personalmente el sobre aquella mañana. Desde entonces, había evitado mirarlo. Su marido había muerto, había enterrado a varios hijos, otros se habían marchado. Conocía la diferencia entre la pérdida y el miedo a la pérdida. La primera tenía forma. El segundo se sentaba a la mesa con ellos, sin comer ni hablar, pero ocupando cada rincón.

El ruido aumentó de nuevo. Una estrecha franja de luz brillaba a través de las tiendas cerradas. En su interior, innumerables motas de polvo danzaban sin rumbo.

„Quizás todo haya terminado antes de que me necesiten“, dijo.

„Eso es lo que dicen también los hombres en el pub.“

„Por lo tanto, no tiene por qué ser incorrecto.“

Desde que los franceses declararon la guerra, los hombres de la taberna saben con exactitud cuándo terminará, quién ganará y qué ciudad caerá después. Margaretha tomó el aviso de la mesa, lo dobló y se lo devolvió a su hijo. Ninguno de ellos sabe si les durará la cerveza hasta la noche.

El mapa que colgaba en la escuela aún no mostraba la Ale-

mania que conocerían las generaciones futuras. Al norte del río Meno, Prusia lideraba una confederación de estados alemanes; Baviera, Wurtemberg y Baden tenían sus propios reyes, ejércitos y sellos postales. Weillbach, en sí misma, solo había sido prusiana durante cuatro años. Tras la guerra de 1866, Prusia se anexionó el Ducado de Nassau sin consultar a los habitantes de Weillbach. Margaretha había dicho entonces que, si bien los gobernantes habían cambiado, la tierra seguía siendo la misma.

Ahora, soldados prusianos y alemanes del sur marchaban juntos contra Francia. Los periódicos informaban que el emperador francés Napoleón III había declarado la guerra. Era cierto. Pero antes de la declaración, el ministro presidente prusiano Bismarck había acortado y endurecido de tal manera un mensaje cortés de Bad Ems que sonó a insulto en París y a arrogancia francesa en Berlín. Las palabras se habían convertido en armas incluso antes de que se disparara el primer tiro.

Francisco José desconocía los detalles diplomáticos. Solo sabía que hombres que nunca se habían conocido afirmaban que su honor solo podía salvarse con la muerte de otros. Cuando los estados se sentían menospreciados, razonaba, los campesinos y los artesanos debían pagar las consecuencias.

Franz-Josef sonrió. „Entonces será mejor que no vaya a contradecirlos“.

„Contradices a todo el mundo.“

„Solo si es necesario.“

„Siempre es necesario para ti.“

Un golpe sordo hizo vibrar las ventanas. Una rueda de carreta se había atascado en una zanja justo enfrente de la casa. Un caballo relinchó. Luego, un grito corto y agudo resonó, y Franz-Josef se puso de pie.

„Quédate aquí „dijo su madre.

Él ya había abierto la puerta.

El calor lo golpeó como el aire de un horno. Una columna de personas, caballos y carretas avanzaba lentamente por la avenida. El camino apenas se distinguía como una mancha marrón clara. Soldados caminaban a ambos lados de las carretas, con los fusiles al hombro y las mochilas a la espalda. Algunos cantaban. Otros mantenían la cabeza gacha, poniendo un pie delante del otro como si hubieran perdido todo interés en su destino.

Un vagón de municiones estaba peligrosamente inclinado frente a la casa. Su rueda trasera izquierda estaba atascada en un surco. Dos hombres se apoyaban en él con los hombros mientras el conductor espoleaba a los caballos.

„¡Basta!“, gritó Franz-Josef.

El hombre se dio la vuelta. El sudor le corría por la cara enrojecida desde debajo de la gorra. „¿Qué?“

„Los caballos no pueden despejar el agujero.“

„Entonces ven y empuja si sabes lo que haces.“

Franz-Josef salió a la calle. El polvo se le pegó inmediatamente al pelo. Junto con dos soldados, metió la mano debajo de la caja del camión. A una orden, empujaron hacia arriba, los caballos tiraron y la rueda salió disparada del hueco. El camión siguió su camino. Nadie les dio las gracias.

Uno de los jóvenes soldados se detuvo. Apenas tendría veinte años. Su rostro estaba tan gris como la calle; solo bajo sus ojos la piel brillaba con humedad.

„¿Agua?“, preguntó.

Margaretha estaba parada en el umbral. Tenía una jarra en la mano.

„No muy rápido“, dijo ella cuando el joven extendió la mano para cogerlo“. Si no, te vas a marear.

Sin embargo, bebió apresuradamente. El agua le corría por